

PRIMERA PARTE

LA INTERPRETACION DE LOS HECHOS CONDUCE Á RECONOCER QUE, GENERALMENTE, EN LAS ENFERMEDADES MENTALES HA SUFRIDO LA MORAL UNA IMPRESION DOLOROSA, Y QUE DEBE CONSIDERARSE COMO UN ELEMENTO FUNDAMENTAL DE ESTAS AFECCIONES UN ESTADO DE IMPRESIONABILIDAD MORBOSA.

1. Hay en la enajenacion mental un factor patológico, un elemento morboso de donde proceden otros elementos patológicos secundarios, terciarios, etc. Para llegar al conocimiento de este factor, de esta lesion fundamental, es necesario estudiar el mal en su fase prodromica, inicial, y poner ésta en relacion con las causas ocasionales de la enfermedad.

2. De 100 admisiones he dicho haber observado 66 veces las causas frénicas, morales, psíquicas.

Entre 100 causas morales, he encontrado 85 veces adversidades, sobre todo reveses de la fortuna, y 35 veces desgracias de familia.

En la misma cifra he observado 11 impresiones morales rápidas y violentas.

Ahora bien; el análisis de estos modificadores nos permite distinguir un haz etiológico compacto, que sólo comprende, fijos bien en ello, impresiones penosas, variedades del dolor. Esto es:

Heridas sufridas en el amor propio,
 inquietudes relativas á la fortuna,
 una irresolucion respecto al partido que debía tomarse,
 un desengaño despues de grandes esperanzas,
 inquietudes relativas á los asuntos de la familia,
 una contrariedad inesperada,
 un temor duradero,
 un arrepentimiento profundo,
 un sobrecogimiento,
 un espanto,
 un terror.

2. Las causas llamadas físicas, se encuentran en mayor ó menor número en todos los cuadros etiológicos.

Estas son:

La preñez,
 el parto,
 la apoplejía,
 las fiebres,
 la edad avanzada,
 la accion de un veneno,
 el calor de una estufa,
 las enfermedades eruptivas,
 los vermes intestinales,
 las enfermedades gotosas,
 las afecciones reumáticas,
 las afecciones sífilíticas,
 las influencias saturninas.

Consideradas colectivamente, estas causas ofrecen una cifra considerable. Pero su importancia desaparece desde que se las considera á cada una de ellas individualmente; cada órden de causas no forma ya entónces más que un número muy reducido.

3. Los factores más intensos, los más numerosos, son:

Los disgustos de familia,
 los reveses en general.

Las impresiones, los estímulos que determinan en la moral una sobreexcitacion, son tambien factores de la predisposicion.

Constituido así el sujeto, se emociona á la menor contrariedad, llora y se desespera por motivos que nada afectarían á los demas.

Todas estas impresiones interesan un sentido especial, un sentido moral, la emocion.

4. Este sentido se encuentra en relacion con la edad; á partir de la pubertad su evolucion se anuncia por una excitabilidad frénica especial.

La impresionabilidad del hombre parece disminuir desde que ha pasado de la adolescencia. El niño llora, rie, se asusta por el motivo más frívolo; pero en la pubertad esta propension á la tristeza, al gozo, al terror, disminuye ó desaparece. El hombre se hace más sério, más grave, más positivista; pero tambien más sensible en cierta esfera de su moral.

Entónces comienza para él la edad de las fuertes conmociones. Experimenta emociones que no conocía siendo niño.

Es que con la pubertad se desenvuelve una sensibilidad, una excitabilidad nueva.

En esta época de la vida se establece, como hemos visto, la predisposición á las enfermedades mentales.

Quisiera recordároslo bien; es á la manifestacion de un sentido nuevo, psíquico, desarrollado por la educacion y la civilizacion, á lo que debe atribuirse esta aparicion de las frenopatias hácia la pubertad.

La ausencia de este sentido explica por qué la niñez está exenta de las enfermedades mentales.

Los niños de uno ú otro sexo no aman á sus padres como éstos á ellos. Las madres pierden frecuentemente la razon por la muerte de un hijo; el hijo no conserva un recuerdo duradero de la pérdida de sus padres. El niño no conoce las inquietudes é ignora las adversidades de la vida. En cambio á los padres les está reservado el sobrelevar el peso de los infortunios.

Antes de la pubertad, las relaciones sexuales no tienen ni grandes atracciones ni grandes repulsiones; los ódios, los celos que parten de los órganos genésicos, son desconocidos en la infancia.

La pubertad es un manantial de afecciones, de abnegacion, de sacrificios, de sentimientos tiernos, de pasiones violentas, de actos monstruosos.

5. Este sentido, esta impresionabilidad moral á que yo refiero las causas que predisponen al hombre á los extravíos del entendimiento, no pertenece al órden de las sensaciones propiamente dichas.

Las causas de las frenopatias no penetran en el entendimiento como los olores, los colores, los sabores, las impresiones táctiles.

No penetran tampoco pasando por las concepciones.

No se introducen por medio de las ideas por la imaginacion.

Un sujeto no se aliena ejercitando su inteligencia, su memoria, cultivando las artes, las ciencias, entregándose á todo el fuego de su imaginacion si la excitacion de estas facultades no despierta ódios ó celos, si no ocasiona reveses, quebrantos, si no compromete la dicha, si no tiene relaciones con los medios de existencia del artista, del hombre de genio.

Se ha dicho frecuentemente que los pintores y los poetas parecen tener en el carácter un gérmen de locura. Pero no intérpreteis

equivocadamente esta asercion; evidentemente se ha querido designar con ello una especie de originalidad ó de excentricidad de carácter; esta locura no es la que se ve en nuestros establecimientos. Es una efervescencia del pensamiento y no una enajenacion morbosa. Y si el ejercicio desmesurado de la inteligencia conduce al desórden mental, esto no sucede sino en casos completamente excepcionales, ó como condicion favorable al desenvolvimiento de una disposicion especial.

SEGUNDA PARTE

CÓMO DEBE COMPRENDERSE LA SENSIBILIDAD MORAL. — NECESIDAD DE ADMITIR UN SENTIDO ESPECIAL, ORÍGEN DE LAS EMOCIONES

1.ª La sensibilidad moral, esa cuerda que vibra con tanta fuerza, es un punto de partida en los actos conservadores como en los actos libres. Esta sensibilidad se identifica estrechamente con nuestros más caros intereses. Es en más de una ocasion la fuente de nuestras pasiones. La razon y la imaginacion sacan muchas veces de ella los motivos; la última, sobre todo, toma amenudo de este sentido moral sus más bellos colores, sus tonos más vigorosos y sus concepciones más atrevidas.

Este sentido, que se ha llamado psíquico, crea en el hombre esas dos situaciones de su sér moral que él designa con las palabras de

felicidad,
desgracia.

De la sensibilidad es, con efecto, de donde se origina su dicha y su desgracia.

En sus manifestaciones se encuentra la ternura, el contento, la emocion, el gozo, la amistad, el amor.

Heinroth ha definido perfectamente este sentido cuando dice que se refiere á la facultad que hace al hombre apto para experi-

mentar el gozo y el disgusto (*Was man sonst der inneren Empfänglichkeit der Menschen für Freude und Leid für einem Namen geben will*).

Es una sensibilidad en la cual se encuentra:

El amor á Dios y á las cosas divinas,
el amor á la conservacion moral y física,
el amor platónico,
el amor genésico,
el amor paternal,
el amor maternal,
el amor filial,
el amor al bien,
el amor á lo bueno,
el amor á las riquezas,
el amor á los placeres.

Esta sensibilidad se reconoce en todos los que se llaman amigos de un arte, de una ciencia; en los entusiastas por la música, en los filántropos, en los partidarios de una idea ó de un sistema.

2. Yo he dado á esta sensibilidad la calificación de afectiva, y he llamado á su factor *sentido afectivo*.

Es, en efecto, una *afeccion*.

Una afeccion, por ejemplo, en el hombre que está en paz consigo mismo, que está exento de toda contrariedad. Este bienestar que disfruta es un modo de sentir moralmente, una manera de experimentar la dicha, de ser afectado.

3. Lo que sin duda os parecerá extraño es que, en el idioma de que nos servimos para expresar nuestro pensamiento, no encontremos un sustantivo que designe esta naturaleza impresionable de nuestra moral, que Ennemoser dice ser la fuente misteriosa de las fuerzas del alma (1). El atributo en cuestion está siempre indicado en las locuciones que se refieren á fenómenos que no son los que importa comprobar. Esta observacion justifica la asercion de Pinel, quien pretende que la lengua francesa es pobre para expresar los diversos matices de las vesanias.

Las razas germánicas poseen la palabra en cuestion.

(1) Tampoco nosotros encontramos una palabra para expresar esta idea, para designar esa *impresionabilidad* á que alude el Dr. Guislain. — (N. de los T.)

El aleman tiene la palabra *gemüth* (1).

La lengua flamenca y la lengua holandesa tienen el equivalente de esta palabra, *gemoed*.

Los ingleses la confunden generalmente con *moral*.

Es, por decirlo así, el *animus* de los romanos.

El *Thumos* (Θυμός) de los griegos.

Es casi el *corazon*, en su acepcion moral; se dice tener corazon, tener un corazon compasivo, un corazon sensible, un corazon tierno, un corazon bueno, no tener corazon, no tener entrañas, ser un hombre sin corazon.

Es el sentido que crea las *emociones*, es el *sentido emocionante*, el *sentido afectivo*, *sentido de las emociones* (*sens émotif*).

Esta última calificación, que apenas se usa, es quizás la que mejor expresa el atributo moral de que hablamos. Es de desear que sea generalmente admitida. Hace largo tiempo que nosotros la empleamos, y últimamente el Dr. Cérise, en una carta al Dr. Longet, se ha servido de este mismo término para designar un fenómeno moral que recuerda el de que nos ocupamos.

Ahora bien; para haceros comprender el valor funcional de este sentido, me es necesario recurrir á las imagenes, á las ideas de situación.

Así, el *gemüth*, el sentido afectivo, emocionante, la sensibilidad emotiva (*emotional sensibility* de Daniel Noble), está excitada en la persona que se indigna á la idea de un acto de injusticia; lo está en el que se afecta por el sentimiento de la conmiseracion y de la benevolencia; de una persona así se dice que todo es sentimiento.

Este sentido se reconoce en el disgusto que se reprime y en el gozo que estalla.

Está en la lealtad, en la honradez.

Se descubre en el amor al bien.

Está en el fondo de lo que nos hace sentir todo lo que nos es querido.

Se le representa continuamente en los dramas y en las tragedias.

El *gemüth* hace verter lágrimas de tristeza, de gozo, de admiracion, de entusiasmo.

(1) *Gemüth*, en aleman, tiene los siguientes equivalentes en español: alma, espíritu, corazon (en sentido figurado), genio, carácter. Algunos de estos conceptos se expresan tambien en las palabras *herz* y *muth*. — (N. de los T.)

Se le encuentra en el dolor de una madre á quien la muerte acaba de arrebatárle su hijo, en las congojas del hombre que ha perdido su honor y su fortuna, en la agitacion de la jóven esposa á quien el matrimonio ha sumido en el infortunio.

Le encuentro en la indignacion que de mí se apodera al ver que se le falta al respeto á un anciano.

Reconozco este sentido cuando oigo relatar un hecho heroico, un acto caritativo; cuando, en circunstancias solemnes, veo á niños todavía obtener el premio de la virtud y del trabajo intelectual, á hombres que reciben la bendicion paterna, á la muchedumbre agruparse alrededor de un príncipe á quien ama, al cristiano rogar ante la imagen del Salvador.

En tales situaciones experimento yo no sé qué estremecimiento en mi interior, qué constriccion en la garganta, qué sensibilidad en los ojos, qué opresion de corazon, qué comocion interior viva y profunda, qué impresion en lo que se llama el centro frénico. Por esto es por lo que Carus ha dicho con razon que *herz* y *muth* son sinónimos.

Heinroth, en sus *Seelenstörungen*, ha escrito páginas admirables sobre este sentido moral; tiene ademas el mérito de haber sido el primero en hacer resaltar la importancia de este orden de nociones en el estudio de las enfermedades mentales; ha tratado de este sentido en su *Orthobiotik* bajo el título de *Das richtige Gemüthsleben*. Ha dicho que el sentido moral, el sentido afectivo, el sentido de las emociones es el *punctum saliens* del alma, su punto central, su núcleo vital (*dass das Gemüthsleben der lebendige Kern und Mittelpunkt, gleichsam das punctum saliens unseres Seelenlebens ist*).

A fin de hacer comprender ante todo que el alma, sér que piensa, voluntad libre, es también un elemento sensible, ha indicado la diferencia que existe sobre este punto entre los hombres: los unos experimentando emociones por el motivo más insignificante, los otros permaneciendo insensibles á la alegría y al disgusto. Esta diferencia constituye, segun el célebre escritor cuyas ideas reproduzco en este momento, la escala gradnal de la intensidad con que se manifiesta la sensibilidad afectiva: *der Graad der Lebendigkeit des Gemüths*.

Lenhossek ha escrito dos grandes volúmenes sobre *Darstellungen des menschlichen Gemüths*.

La obra de Eumenoser publicada recientemente, contiene tam-

bien consideraciones muy interesantes sobre los atributos de este sentido frénico.—Véase *Der Geist des Menschen in der Natur, oder die Psychologie in Uebereinstimmung mit der Naturkunde*.—Véase el artículo *Von dem Gemüthe und seinen Stimmungen*.

Griesinger, en su tratado de las *Psychischen Krankheiten*, merece también citarse entre los que han fijado la atencion sobre el atributo moral de que se trata, y que él llama el *psychische tonus*, el tono psíquico.

Pueden también adquirirse nociones sobre esta materia en los voluminosos trabajos de Ideler, titulados *Grundrisse der seelenheilkunde*.

Lotze en sus diversos trabajos, y últimamente sobre todo en su obra titulada *Medicinische psychologie oder physiologie der seele*, ha entrado en detalles interesantes sobre el objeto que nos ocupa.

Jessen, en una magnífica apreciacion filosófica de la psicología (*Versuch einer wissenschaftlichen Begründung der Psychologie*, 1855), ha puesto perfectamente de manifiesto el antagonismo que existe entre lo que se ha llamado espíritu y el corazon.

Véase también Haschke, *Schüdel, Hirn und seele*, 1854.

En general casi todos los frenopatas alemanes establecen categorías especiales para lo que ellos llaman los *gemüths-kranke* y los *geistes-kranke*; esto es, los enfermos atacados en sus emociones y los atacados en su carácter.

A esta esfera del sentimiento llegan las impresiones viscerales, fisiológicas ó morbosas. Es el bienestar sentido por el hombre que se encuentra bien, el humor sombrío de aquel cuyas vísceras funcionan mal; son el abatimiento, la tristeza, la inquietud que caracterizan el principio de todas las enfermedades.

Así se explica por qué las enfermedades mentales son las afecciones que la humanidad ha recibido en herencia, la humanidad susceptible de perfeccion, la humanidad sensible, impresionable. Se comprende por qué los animales no están sujetos á estas enfermedades, ó por qué algunos de ellos presentan sólo fenómenos análogos al estado frenopático.

El chimpancé y el orangutan mueren de nostalgia.

El perro es atacado de melancolía con obstinacion en rehusar los alimentos.

El papagayo está sujeto á la frenalgia. Estas enfermedades se

manifiestan en dichos animales á consecuencia de una profunda le-
sion inferida á sus afecciones.

Notadlo bien, los animales que se nos acercan son los que expe-
rimentan nuestras emociones. Sienten por el corazon; tienen tambien
una especie de sentido moral, y se estremecen á la idea de los
tratamientos crueles que el hombre, en su ferocidad fria y calcula-
da, hace sufrir á amigos tan sumisos.

4. El estudio de las frenopatias debe comenzar por el conoci-
miento de la sensibilidad moral, por la historia de las emociones.

En las enfermedades mentales está *penosamente* afectado el *sen-
tido de las emociones (sens emotif)*.

*En la accion de la mayor parte de las causas se encuentra una
emocion dolorosa.*

Esta *emocion* se encuentra *en los fenómenos exteriores de la en-
fermedad*; se descubre en el fondo de los 9/10 de las frenopatias ver-
daderas, esenciales.

Antes que yo hubiese formulado esta apreciacion se habia re-
conocido la existencia de ciertas vesanias interesando solamente
el *gemüth*. Hoffbauer, el primero segun creo, en su obra titulada
Untersuchungen über die Krankheiten der seele, designó ciertas enaje-
naciones mentales con el nombre de *gemüthskrankheiten, gemüths-
zerstreuung*.

Heinroth, en sus cuadros nosológicos, ha dado á las *gemüthstü-
rungen* un lugar especial; estas vesanias vienen á constituir la pri-
mera seccion de su clasificacion.

Como ya habeis visto, Prichard, médico y filósofo inglés, ha in-
dicado una enajenacion moral, la *moral insanity*, que lo más fre-
cuentemente no es más que una frenopatía afectiva, *emotiva*.

Actualmente, la mayor parte de los médicos admiten enferme-
dades mentales sin desórden notable de las facultades de la razon.

Este es un hecho cuyo alcance es inmenso.

Nos resta determinar el valor patogénico de este elemento mor-
boso del entendimiento humano en el estudio ulterior que vamos á
hacer.

TERCERA PARTE

DE LA NECESIDAD QUE EXISTE DE BUSCAR, ENTRE LOS NUMEROSOS
FENÓMENOS INCONEXOS QUE CARACTERIZAN EL ESTADO FRENOPÁTICO,
LOS FENÓMENOS FUNDAMENTALES DE ESTE ESTADO.

Voy á abordar un órden de ideas que no son ya del dominio de
la patología propiamente dicha, y sobre las cuales llamo toda vues-
tra atencion.

1. Las enfermedades mentales, tales como han sido descritas,
aparecen como individualidades morbosas diferentes entre sí. Cada
enajenacion ha sido considerada como constituyendo un haz sinto-
matico aislado, una individualidad morbosa casi sin relacion con
las otras vesanias.

2. Atacando el fondo de la cuestion, os recordaré lo que ya he
dicho, á saber: que las frenopatias sufren metamorfosis continuas.

¿No hemos visto la melancolia convertirse en manía?

¿No hemos comprobado la presencia simultánea de estas dos
afecciones?

La manía, ¿no se convierte en melancolia?

¿No se transforma el éxtasis en manía?

¿No se cambia la manía en demencia y no permanece asociada
á esta última?

En las frenopatias periódicas, á cada retorno de los accesos la
enfermedad puede revestir un carácter nuevo.

En el curso de una misma enfermedad ésta puede tomar muchas
formas.

3. ¿Cómo se explica, pues, que se hayan visto en cada una de las
formas de esta vesania enfermedades distintas?

Yo creo poder demostrar que, para la generalidad de las enaje-
naciones mentales, hay en el fondo una misma lesion, de donde pro-
ceden las diferentes especies morbosas.

Representa una radical que tiene bajo su dependencia no todas
las afecciones frénicas, sino el más vasto grupo de ellas.

Este fenómeno escapa ciertamente con mucha frecuencia á la

investigación del observador; además, la naturaleza íntima de las enfermedades está envuelta en los misterios más impenetrables de la vida.

Sin embargo, sin pretender remontarnos hasta el dominio de las formas primeras, es permitido avanzar algo más de lo que se ha hecho hasta aquí. Este es el estudio de la patogénia, de la patogénesis, denominaciones felices que debemos á los patólogos alemanes.

4. Ante todo importa comprender:

Que nuestros estudios no se dirigirán sobre toda la masa de pacientes encerrados en un establecimiento.

Los distribuiremos en grupos.

No debeis olvidar que todos los sujetos que aquí habeis visto no son enajenados. Hay entre ellos monstruosidades, idiotas, imbéciles, muchas afecciones cerebrales y muchos delirios sintomáticos.

Así:

- a) El desórden intelectual que se declara en el curso de una epilepsia no es, á mi entender, una frenopatía verdadera. Es una afección sintomática.
- b) La debilidad de la inteligencia, el delirio que se manifiesta despues de una apoplejía, no son enfermedades mentales esenciales, son afecciones sintomáticas.
- c) Yo no puedo considerar como enajenado aquel cuyo carácter está alterado á consecuencia de un ataque gotoso, de la repercusión de un reumatismo ó de una erupción.
- d) Ya sabeis que los tubérculos escrofulosos del cerebro pueden provocar el delirio, así como los exóstosis y como el uso del mercurio; pero esto no son enajenaciones que deban comprenderse en el grupo capital de las enfermedades mentales.
- e) Las causas debilitantes, me direis, engendran el delirio; podreis citarme el delirio de los viejos, el delirio que sucede á las enfermedades graves; pero esto son enfermedades distintas de las frenopatías. Y cuando las emisiones espermáticas conducen á la enajenación, obran lo más frecuentemente auxiliadas por causas morales.
- f) No puedo tampoco considerar como enajenado á aquel cuya inteligencia está perturbada á consecuencia de una herida del cráneo, de una caída, de una lesión traumática cualquiera. El delirio tramático, dice Esquirol, ha sido confundido casi siempre con la enajenación verdadera. El delirio que se declara á consecuencia de

la ingestión de las plantas venenosas, de bebidas alcohólicas, constituye un género de enfermedad mental aparte.

Hay, pues, una distinción importante que hacer: es necesario hacer abstracción de los casos que no son enajenaciones francas.

5. Ya lo he dicho, y creo deber repetirlo: lo que caracteriza en el momento actual la ciencia de las enfermedades de la moral, es la confusión. Para llegar al conocimiento de lo que yo llamo fenómeno radical de las afecciones, se presentan dos medios:

el estudio de las causas,

y el estudio de los síntomas.

Al principio de esta lección os hemos hecho ver el origen del mal.

En el fondo de la mayor parte de las causas hay una emoción.

El *corazon moral* está atacado en la pluralidad de los casos.

Sólo nos resta ocuparnos del estudio de los síntomas. Pero debemos hacer notar préviamente que los pacientes colocados en los establecimientos de enajenados no nos presentan ya el cuadro completo de toda su enfermedad; el período prodromico, el más interesante bajo el punto de vista de la génesis de los síntomas, ha desaparecido ya ordinariamente.

CUARTA PARTE

EXPRESION DE LOS SÍNTOMAS

1. La enfermedad no es muy frecuentemente más que la oscilación, la vibración prolongada de una causa dolorosa en su modo de obrar.

La enajenación comienza por
un temor,
un estado hipocondríaco,
una desconfianza,

una tendencia á sospechar, tan bien designada por Pinel, sobrino, con el nombre de *sospecha sintomática*, un malestar, una pena, una inquietud, una ansiedad, una susceptibilidad, ideas acusadoras.

Analizad la palabra, y descubrireis:

la tristeza,
el descontento,
las penas del alma.

Las cartas que los enajenados escriben en el período inicial de su enfermedad llevan el sello del dolor.

En ellas se leen:

crueles sacrificios,
circunstancias fatales,
amargas penas,
incertidumbres horribles,
faltas imperdonables,
el corazón lacerado,
infames criaturas,
horribles ideas,
indignación,
intenciones malévolas,
desgracias,
persecuciones,
tormentos,
maldiciones,
patibulos,
llamas,
infiernos.

Hé aquí una noticia que un enajenado traza de su propia situación; es notable bajo el punto de vista de los términos de que se sirve, y que pintan vivamente el dolor de su moral: «Casi todos los días, dice el enfermo, experimento accesos *espantosos* y *torturas atroces*, que me es imposible definir. Ya es una *desesperación*, ya *gritos*, ya *sollozos* que no puedo dominar. Tan pronto se apodera de mí una especie de estupor que me hace *sufrir horriblemente* sin ha-

blar, tan pronto me siento agitado por *angustias* semejantes á las que debe sentir el que *espera su condenación eterna*. Estos pensamientos me producen sacudidas en los músculos del cuello y en los brazos, casi como las sacudidas eléctricas; en algunos momentos me siento como anonadado, y entónces experimento como una especie de reposo... A veces tengo *miedo* de mirar por una ventana, de asomarme á un foso profundo; otras veces siento *repulsión*, una especie de *odio* por las personas que me rodean... despues me *entristezco* de ser así. Yo quisiera ser bueno y afectuoso, y *no puedo serlo*. A veces quisiera hacer un favor á alguien, hacerle un regalo, pero inmediatamente viene á detenerme un *temor*. En otras ocasiones estoy excesivamente triste; pienso con *disgusto* en... mis hijos, en mis amigos. *Escribiría un tomo entero si quisiera detallar las penas que yo sufrí en un día*. Me figuro que los *terrores* que siento no se me quitarán jamás. Tengo, sobre todo, *miedo de ver los perros, y principalmente los perros de los pastores*...; pienso frecuentemente con *terror* en esos malditos perros durante días enteros, casi sin interrupción... La *idea* de la tempestad me *agita* desde el último año; ántes de esta época yo no tenía al rayo... A veces tengo alguna esperanza de que este *miedo* disminuirá, tanto más cuanto que, á decir verdad, yo no tengo *miedo de ser sorprendido por la tempestad; yo temo solamente ser conmovido, y sobre todo temo estar con las personas que tienen miedo*. Algunas veces mi espíritu encuentra en sí mismo las *causas de su tormento*. Una de las cosas que me *ocasiona también mucho dolor* es que se me hable un poco rudamente... Rara vez siento renacer en mí una débil esperanza. Yo no sé definir mis *sufrimientos*; cuando éstos llegan al paroxismo, si se me ofreciera hacerlos desaparecer *arrancándome las uñas, cortándome las dos piernas, vaciándome los ojos*, yo creo que consentiría.»

Lo que pasa en la moral apenas puede concebirse si no se experimenta; hé aquí lo que dice muy frecuentemente el enfermo despues de su curación:

«Yo estaba perseguido por un temor, por un miedo; en vano luchaba contra mis tristes pensamientos, ellos renacían sin cesar; yo me figuraba ser la criatura más despreciable de la tierra, yo hacía esfuerzos inauditos para alejar de mí esta idea; ella me turbaba el sueño y no se apartaba de mí ni un solo instante. Me parecía que había perdido mi fortuna, y me creía condenado á la vida más miserable; me acusaba y me creía cómplice de una acción criminal; mi

cabeza ardía y mis ideas eran como un torrente que se precipita con impetuosidad.

» Pregunté el otro día á un hombre curado de una manía lo que habia experimentado en los primeros momentos del principio de su enfermedad, y me respondió: *yo sentí á la vez todos los disgustos, todas las desgracias que yo habia sufrido durante mi vida entera, yo me encerré en mi cuarto para llorar.*»

Un autor inglés ha descrito, en cierto modo sin conciencia de que lo hacia, la expresion de la sensibilidad en el cuadro trazado por él de un enajenado que habia ido observando desde el principio de su enfermedad. Voy á traduciros este pasaje, que es tan pintoresco como verdadero.

«Al entrar en el departamento que ocupa el paciente, sorprende su excesiva irritabilidad. No le es posible permanecer un momento tranquilo, ni fijar durante un solo minuto su atencion sobre un objeto cualquiera; esta agitacion puede elevarse hasta el furor más completo. Permanece algunos instantes sentado, se vuelve á derecha ó izquierda, se lleva la mano á la cabeza, se muerde las uñas, coge el primer objeto que se le presenta y lo arroja inmediatamente despues. Cuando semejante estado de *excitabilidad* se acrecienta, el enfermo se trastorna, menosprecia toda advertencia, toda amonestacion, y sobre todo los consejos que le dan su familia ó sus subordinados. Lo que más sorprende es la expresion de sus facciones, y especialmente de sus ojos... Todo el conjunto del enfermo anuncia evidentemente *un estado doloroso del espíritu y del cuerpo*. El enajenado no se hueja de dolores de cabeza, pero refiere á esta region una sensacion desconocida.» Así es cómo se expresa Willis en su obra titulada *A treatise on mental derangement containing the substance of the Gulstonian lectures for may 1822*. Londres, 1823.

2. He calculado que entre 100 casos recientes la fisonomía revela 96 veces un estado de excitacion, de inquietud, de amargura, de irascibilidad. He hecho abstraccion de los idiotas, de los imbéciles y de los casos de enajenaciones sintomáticas.

El elemento dolor se refleja en los ojos, en la voz, en las arrugas que se dibujan en la frente, alrededor de la boca y en las mejillas.

Se descubre hasta en la actitud del cuerpo.

En el pulso.

En la orina.

3. Hay, pues, en el fondo de todas las ideas una tristeza, un temor, un disgusto. Así es cómo el mal empieza y así es cómo termina. Es curioso estudiar la sensibilidad moral durante la convalecencia. A medida que la enfermedad disminuye en proporciones, que la calma renace, que los errores se disipan, se ve tambien restituirse la sensibilidad moral á su tono normal; pero el enfermo conserva cierta indiferencia respecto á los que le rodean; el desórden de las ideas deja de ser apreciable cuando la enajenacion de los sentimientos lo es aún. Yo tuve un dia ocasion de observar un hecho que me ha hecho reflexionar mucho sobre el asunto que nos ocupa en este momento. Una señora tenia un hijo único, al cual amaba con tanta más pasion por que era viuda. Este hijo, en quien ella cifaba toda su felicidad, estaba mal educado como no es decible, y todos sus caprichos los veia satisfechos. Hacia la edad de 18 años concibió una pasion desenfadada por una jóven de muy humilde condicion; desde entónces vino á ser para su madre un objeto de constante alarma. La pobre mujer se aisló del mundo, lloró dia y noche, y bien pronto fué atacada de una melancolía, en el curso de la cual intentó muchas veces suicidarse. Convaleciente despues de dos años de enfermedad pasó por una prueba cruel. Su hijo empezó á expectorar sangre y murió al cabo de algunos dias. Ella asistió á todas las fases de su enfermedad y á su agonía sin verter sola una lágrima. Esta indiferencia, esta insensibilidad duró muchos meses, cuando de pronto se despertó en ella la sensibilidad. Entónces deploró sus desgracias en los términos más patéticos, vertió abundantes lágrimas durante muchos dias, y no podia pronunciar el nombre de su hijo sin una expresion de profundo dolor. El sufrimiento moral fué el punto que inició su enfermedad, y el retorno de la sensibilidad fué la señal de una completa curacion.

QUINTA PARTE

EN GENERAL LA ENAJENACION ES UNA LESION DEL SENTIMIENTO
Y NO UN DESÓRDEN DE LA RAZON

1. Se debe concluir de estos principios que la enajenacion es ante todo una lesion de la sensibilidad; que no es en su esencia un desórden de la razon, de las ideas, del carácter.

La enajenacion, bien considerada, es un dolor; tambien decimos que es primitivamente una *frenalgia*, un dolor del sentido que es el punto de partida de las afecciones, de las emociones.

Este carácter fundamental de la enfermedad no continúa manifestándose siempre.

El dolor del centro *frenico* puede ser latente, no aparente y durar tan poco tiempo que es reemplazado por otros fenómenos que lo absorben.

Pero el dolor puede no cambiar y ser durable.

Puede constituir por sí solo la enfermedad entera; entónces representa la melancolia afectiva, la melancolia sin delirio.

La melancolia es inherente á la mayor parte de las enajenaciones mentales.

Ella es la que constituye el fenómeno *inicial*; ella es la que se encuentra en el período *prodrómico* de estas afecciones.

2. Ahora bien; es evidente que la desgracia está en el fondo de la mayor parte de las *vesanias*.

La dicha se manifiesta á veces en este género de enfermedades, pero no es más que una ilusión secundaria en el órden de las manifestaciones morbosas.

La felicidad puede engendrar el desórden mental, pero esta patología es una excepcion rara.

EVOLUCION DE LOS FENÓMENOS; CÓMO DEBEN INTERPRETARSE
LOS SÍNTOMAS MORBOSOS

Voy á esforzarme en demostraros cómo la enfermedad, de simple que es, se compone y se complica de nuevos fenómenos. Esto es á lo que yo creo poder llamar su evolucion.

1. El estado frenopático puede, pues, no ser más que una tristeza, una congoja, una susceptibilidad.

Los casos de esta naturaleza son de una apreciacion no poco difícil; por una parte anuncian una salud intelectual más ó ménos completa, y por otra una enfermedad apenas manifiesta, traducéndose por aberraciones en las pasiones y en las impulsiones voluntarias.

2. Pero esta lesion inicial da origen á lesiones secundarias y terciarias.

Las enajenaciones surgen las unas de las otras.

Ellas provocan reacciones.

Ellas originan desórdenes en las ideas.

Ellas conducen á la suspension, al empobrecimiento; á la anulacion de las facultades del entendimiento.

A conocer esta evolucion patológica es á lo que vamos á dedicarnos.

El estudio de los fenómenos de la enajenacion mental conduce á descubrir en la evolucion de esta afeccion los períodos, las diversas fases, cuyo conocimiento es del mayor interés. Hay un primer período que toma su carácter de la accion de las causas; esto no es todavía la enfermedad, no es tampoco, á decir verdad, el período *prodrómico*. Este viene despues del período que yo denomino *causal*. Frecuentemente no se anuncia al exterior por ningun síntoma; la enfermedad no se muestra aún ni en la palabra, ni en las acciones, ni en los actos. Sólo el enfermo aprecia esta situacion; él se siente sufrir, observa el desórden que surge en su manera de sentir, en sus ideas, en sus pasiones. Se hace más impresionable, encuentra sus ideas anormales y debe luchar contra sí mismo.

Más tarde el paciente pierde la facultad de apreciar su propio sér moral, cuando á los ojos de los miembros de su familia, de sus

amigos, y frecuentemente hasta del mismo médico, pasa todavía por perfectamente sano.

En una tercera fase entra en un estado de confusión. En el primer momento no está en medio de las tinieblas de la razón, de la reflexión, de la conciencia; pero su inteligencia le parece rodeada de brumas. Comprende mal, no se da cuenta de sus propios actos; el espejo de su reflexión se empaña. El paciente ofrece la imagen de un niño á quien se le puede hacer creer las cosas más absurdas.

Nos importa saber cómo reacciona la moral contra los agentes que tienden á perturbar la acción, y qué ideas prácticas deben referirse á los fenómenos de la reacción moral.

No podemos perder de vista cómo se debilita el sensorium, cómo se encuentra entorpecida su acción, cómo se borra por el efecto de una causa morbosa ó por consecuencia del estado patológico mismo.

¿CÓMO DEBEN COMPRENDERSE LAS REACCIONES MORALES?

3. Yo distingo en la enajenación mental dos órdenes de reacciones morales:

- unas conservadoras,
- otras automáticas, destructoras.

Las primeras conducen á la curación.

Las segundas complican la enfermedad y engendran las lesiones textiles.

Se encuentra la reacción frénica:

- en las pasiones,
- en los actos instintivos,
- en las impulsiones de la voluntad,
- en el dominio de las ideas.

El dolor invade los focos instintivos, conduce á las determinaciones más violentas, á los movimientos más extraños, más caprichosos.

En toda enfermedad la naturaleza apela á las fuerzas de resistencia, de conservación. Esta ley, debo recordároslo, se encuentra en la moral.

4. Así, el sufrimiento del alma, como el dolor corporal, provoca impulsos insurreccionales dirigidos contra los agentes enemigos.

En el enajenado estos actos residen en la locuacidad del enfer-

mo, en sus movimientos de impaciencia, en sus acusaciones, en sus vociferaciones, en las vías de hecho á que se entrega.

Dirigid injurias á un hombre, herid su amor propio, llegad hasta ultrajarle; si el sujeto es impresionable, irascible, reaccionará, no permanecerá tranquilo, se inquietará; una fuerza involuntaria le impulsará á hacer algún gesto violento dirigido contra el ofensor; el cumplimiento de este acto calmará sus dolores.

Tal reacción podrá limitarse á palabras.

Está fuera de duda que una enunciación de ideas por medio de la palabra es un gran calmante de la moral.

Es positivo que se experimenta cierto alivio en referir las desgracias propias. Tal es el caso de la confesión, la cual es de una influencia tan eficaz sobre los desgraciados á quienes los remordimientos roban el reposo y el sueño. Tal es el caso también de todo aquel que sufre y que se encuentra más calmado desde el momento en que puede referir sus penas.

La palabra neutraliza el dolor.

La palabra alivia al que recibe una injuria; decir su manera de pensar, decir lo que se siente, hé aquí los medios irreflexivos que producen la calma en un hombre irritado.

5. La palabra es en tal caso una especie de crisis. Combate los elementos de la enfermedad.

Yo la llamaría eliminación psíquica, frénica ó moral.

He observado muchas veces que el enfermo, en su convalecencia, había olvidado todas las desgracias que le habían atribulado anteriormente.

Este fenómeno se observa en la mujeres después de la muerte de su marido, en las jóvenes que un desengaño en sus amores, la infidelidad de un amante por ejemplo, las había enajenado. En el momento de la curación el hecho primitivo había sido destruido por el efecto de la enfermedad. Yo enuncio en ello un principio incontestable, cuya exactitud os encargo que comprobéis.

Así es cómo debe considerarse la manía; es una reacción crítica que absorbe el elemento morboso primitivo. De todas las enajenaciones es la que más frecuentemente conduce á la curación.

LA VOLUNTAD

6. Uno de los fenómenos más dignos de atención es la incapaci-



dad de la voluntad, la imposibilidad en que se encuentra el enfermo de cambiar el orden de sus impulsiones. Es arrastrado á su pesar y no puede contener el esfuerzo que le domina.

Hay, sin embargo, enajenados que conservan el poder de luchar contra la enfermedad.

Algunos pacientes se rebelan contra los impulsos morbosos durante todo el tiempo que son observados; yo he visto algunos que aprovechaban los momentos en que estaban solos para entregarse á los actos más extravagantes.

Otros, arrastrados por tales impulsos, consiguen, sin embargo, dominarse lo suficiente para huir de circunstancias capaces de favorecer sus funestos designios y para advertir á las personas destinadas á ser sus víctimas. Un melancólico suicida se levanta por la noche y va á golpear á la puerta de su hermano, gritándole: *Ven, ven pronto; el suicidio me persigue; bien pronto ya no me será posible resistir.* Frecuentemente, al principio de la enajenación, el enfermo conserva cierto poder de dominar las impulsiones insólitas.

Este dominio vuelve á encontrarse en la convalecencia.

Así sucede, sobre todo, en las personas inteligentes. Algunos enajenados que habían recobrado la salud me han asegurado que en el curso de su curación estaban como los niños, que escuchaban con docilidad los buenos consejos que se les daban, y que se ocupaban sin cesar en corregir la aberración de sus ideas y de sus impulsiones.

7. Pero lo más frecuente es que la voluntad de acción esté enterpecida en los enajenados.

Ellos saben querer interiormente, mentalmente, según las exigencias de su razón; pueden experimentar el deseo de hacer, pero son impotentes para obrar convenientemente. Hay en el fondo de su entendimiento una imposibilidad. Quisieran trabajar y no pueden; carecen de la facultad de hacerlo.

Son inactivos.

Ven trabajar y no trabajan.

Están relajados, mudos, no pueden comer ni beber.

La voluntad no puede traspasar ciertos límites; se diría que esta fuerza de acción queda suspendida; el *yo quiero* no se transforma en *voluntad impulsiva*, en determinación activa.

Los mismos enfermos se asombran de la impotencia en que se encuentra su voluntad. No trates de persuadirme á que trabaje, os dirán; soy incapaz de hacer la menor cosa, el trabajo se me cae de

las manos. Si les recomendais escribir una sola palabra á su mujer, os responden: «no sabría, no tengo voluntad, no puedo tomar ninguna resolución.»

Esta carencia de voluntad, la depression de las fuerzas morales, se deja reconocer frecuentemente en la necesidad que experimenta el enfermo de sustraerse á las miradas de los hombres. Busca la soledad, evita el contacto de sus semejantes, se encierra en habitaciones aisladas, debajo de las escaleras, etc. Hay en este enfermo una causa que impide que las corrientes de la voluntad se produzcan libremente; esto no es la parálisis, lejos de ello, pero es evidentemente una abolición de la impulsión voluntaria.

(Esquirol ha pintado perfectamente este estado cuando, hablando de un enajenado melancólico, ha dicho: su conversacion es tan razonable como espiritual. Se le habla de viajar, de cuidar de sus negocios y responde: *yo sé que puedo y que debería hacerlo*; vuestros consejos son muy buenos, estoy convencido de ello y bien quisiera seguirlos; pero falta que yo pueda querer, ese querer que determina y ejecuta. Lo cierto es que me falta la voluntad de querer, porque yo poseo toda mi razón, sé que debo hacerlo, pero las fuerzas me abandonan cuando llega el momento de obrar.)

8. A medida que la libertad del *yo* se encuentra abolida, aunque la conciencia pueda continuar largo tiempo intacta, la voluntad impulsiva obra sin regulador y se manifiesta por los actos más extravagantes. Tal sucede en los enajenados acosados por impulsiones insólitas.

9. Entónces es cuando *veréis* á los enfermos levantar un brazo y permanecer en esta actitud, hacer contorsiones con la boca, sacudir la cabeza como para hacer caer el polvo de ella. Entónces es cuando los enfermos se encuentran bajo el imperio de una atracción, de la cual ellos mismos manifiestan los primeros una gran sorpresa.

Los actos que determina la voluntad rara vez son conservadores en la enajenación mental. La repulsion conservadora reside más bien en las pasiones.

Así es que el descontento, la cólera se presentan frecuentemente como fenómenos de un feliz augurio, mientras que los actos reflejos, sonambuliformes, caprichosos, conducen al enfermo á la incurabilidad.

REACCION DE LAS IDEAS

10. Si hay casos en que los sentimientos se exageran, en que el pensamiento se perturba en el sentido de las primeras impresiones, hay otros, y en gran número, en los que el dominio de las ideas es el punto de partida de una reaccion conservadora.

Esta reaccion es inseparable de la naturaleza humana.

En el estado fisiológico, cuando nos afecta un disgusto, hay en el fondo de nuestro dolor una voz consoladora que se hace oír: es una voz de ilusiones; cuando la desgracia abate al hombre, le preocupan dos clases de ideas: las unas son relativas á su infortunio, las otras se refieren á una dicha la mayor parte de las veces quimérica.

11. Esta es una ley del instinto. Hacemos esfuerzos para alejar de nosotros las ideas penosas; espontáneamente, en el estado de salud, un pensamiento risueño tiende á reemplazar en nuestro espíritu á un pensamiento doloroso. Reconozcamos en esto

nuestras locas esperanzas,
nuestros castillos en el aire,
nuestros reveses.

En un libro publicado en 1835 cité el ejemplo de una madre que perdió la razon al ver partir á su hijo para la armada; á su entrada en el establecimiento creyó reconocer á su hijo ausente en un joven idiota, al cual no cesó de colmar de caricias. Desde aquel mismo instante se operó una reaccion en sus ideas. Esta pobre madre fué feliz imaginándose estar cerca de su hijo. No tuvo más que esta sola ilusion; no se podía reconocer en ella ningun otro rasgo de extravío intelectual.

12. Los pensamientos dolorosos se cambian así, en las enajenaciones mentales, en situaciones de una felicidad imaginaria.

El enfermo es rico,
es bueno,
habita palacios.

De esta manera nacen con frecuencia las alucinaciones de felicidad á consecuencia de una causa que ha impresionado viva y penosamente la moral.

13. Bajo este punto de vista nada más notable que la manifestación anormal de los sentimientos y de las ideas religiosas. Esta

manifestación se produce algunas veces en el curso de la enfermedad; estalla instantáneamente en sujetos no habituados á las prácticas del culto. Un sujeto exaltado hace tres meses jura y blasfema, y no le inquietan ninguna de las cosas santas. Su enfermedad se trasforma; se calma, se hace sombrío, se contrista, habla de la misericordia divina, de sus pecados, del infierno. ¿Cómo concebir este congenerismo de la enfermedad y de la religion? No es posible, pero se sabe que existe en el estado normal y en el estado morboso.

Las conversiones piadosas se efectúan lo más frecuentemente cuando el alma ha sido sometida á grandes pruebas. Durante los intensos dolores morales es cuando el desgraciado busca en la plegaria un consuelo á sus penas. A consecuencia de las grandes catástrofes es cuando el atribulado vuelve sus miradas suplicantes hácia su Criador, y pronuncia estas palabras tan expresivas: ¡Ah, Señor! ¡Dios mio, ayúdame!

Este grito de angustia que parece salir del fondo del corazon, lo exhalan todos los hombres cuando sufren, cualquiera que sea la forma de culto á que pertenezcan.

14. No se debe conceder á este principio una importancia exagerada. La reaccion de la imaginacion esta á veces de producirse siempre en el sentido de una crisis conservadora.

La potencia sensorial contrae con frecuencia el hábito de una tendencia morbosa, ó bien el color de las ideas no es más que un refuerzo del dolor inicial de la enfermedad.

La prevision de una desgracia real se cambia en la de una condena á muerte. Un ruido de la calle, el sonido de una campanilla producido con cierta intensidad, despiertan en el enfermo el dolor de las ideas. Mis enemigos están allí, gritará; vienen para conducirme al suplicio; quieren quemarme vivo.

En tales casos, el tránsito de una impresion dolorosa ejerce una irradiacion en el dominio de la imaginacion. Así es cómo nacen la mayor parte de las veces las ideas delirantes. Semejantes ideas van precedidas por el sufrimiento moral. Este no se define desde luego: el enfermo no sabe decir por qué sufre; las ideas le ocurren en el mayor número de casos súbitamente, durante un paseo, en un lugar aislado, por la mañana en la cama, con motivo de una conversacion, etc. ¿Es médico? pues dice que su cerebro está reblandecido. ¿Está atacado de una afeccion corporal ligera? pues ve en ella una enfermedad de la cual va á morir. ¿Es empleado? se le va á quitar

su empleo. ¿Es rico? bien pronto quedará reducido á la miseria.

En todas estas situaciones es el dolor el que se representa en el dominio de la imaginación y el que viene á prestar á las ideas motivos imaginarios cuando faltan los motivos reales. Estos motivos se fijan, se estereotipan, segun la expresion de M. Falret, y vienen á convertirse en elementos del delirio; de aquí los miedos, los terrores nuevos.

El enfermo puede tejer por largo tiempo el sentimiento reflexivo de esta situacion y conservar todavia una integridad completa de las funciones intelectuales.

15. Hay otras situaciones no ménos singulares, en las que la pena moral se asocia á las concepciones más extrañas y en apariencia más contradictorias.

El hombre abatido bajo el peso de la desgracia se representa la eternidad; desespera de la misericordia divina; las alucinaciones más aterradoras atormentan su alma.

Tal se le ve al hombre normal en su fervor religioso; tal se ve al hombre enajenado durante su enfermedad; se priva del alimento, ayuna y se tortura el cuerpo; vienen á mezclarse, á los sentimientos y á las ideas que le dominan, impulsiones de destruccion que dan origen á la inclinacion de mutilarse y suicidarse, y hasta experimentan la necesidad de ofrecer en holocausto á las personas por quienes sienten la mayor ternura.

OFUSCACION DE LAS FACULTADES INTELLECTUALES

16. La enfermedad invade los diferentes dominios del entendimiento, y los altera ya sea lentamente, ya por tiempos, ya de una manera explosiva.

Vemos á la memoria recordar hechos consumados hace mucho tiempo, brillar la imaginacion con un esplendor inusitado, exaltarse las ideas y abortar exageraciones, errores, aberraciones, fantasmas, en una palabra, el caos.

Así es cómo sobreviene el desórden de la razon, así cómo este desórden se presenta casi siempre, no como fenómeno primario, sino como resultado secundario.

En esta marcha progresiva del elemento morboso es cómo el hombre pierde el sentimiento de su propia existencia. Su sentido

reflector está velado; su libertad de pensar y obrar encadenada. Cae frecuentemente en, un estado de embrutecimiento completo; hasta sus fuerzas instintivas le abandonan. Su vida de relacion, su vida de conservacion moral y física cesan totalmente.

17. Este estado puede llamarse ofuscacion de la inteligencia, sobre todo de la reflexion, para distinguirla del aplanamiento, del aniquillamiento de estas importantes facultades.

La incapacidad de estas funciones es, despues del fenómeno del dolor moral, el que se encuentra más frecuentemente.

La ofuscacion de la inteligencia hace á todos los enajenados de una credulidad tal que admiten las cosas más absurdas. Esta imposibilidad de concebir un pensamiento un poco abstracto se observa hasta en las formas más iniciales.

La enajenacion se reconoce amenudo por este sólo sintoma, cuando faltan otros indicios. Se asombra uno de ver que el enajenado no recela las asechanzas que se le tienden; la sorpresa es tanta mayor cuanto que en otros casos el enfermo, por efecto mismo de su exaltacion morbosa, es capaz hasta de elevarse á las concepciones más ingeniosas.

Pero, lo repito, importa establecer una distincion entre la ofuscacion, el eclipse de sus facultades y su ausencia, su aniquillamiento.

EFFECTOS ULTERIORES DEL DOLOR MORAL

18. El sufrimiento puede oprimir las facultades mentales cuando se declara de repente; entónces produce la tension extática.

19. El dolor puede conmocionar profundamente y determinar un aplanamiento general.

Pero tambien puede este dolor desgastar, agotar las facultades y dar origen inmediatamente á la demencia. Las causas dolorosas obran á veces con una rapidez extraordinaria, como sucede con un violento terror; aniquilan la vida moral del mismo modo que una luz muy viva destruye la sensibilidad visual.

En los sujetos de edad avanzada, en los que son jóvenes y delicados, en las personas arruinadas por las enfermedades, la destruccion de las facultades es inmediata.

La sensibilidad se embota bajo la influencia de una causa, á ve-

ces ligera; toda reaccion se hace imposible y el paciente cae en la apatía.

Así es que, en sujetos de diferente constitucion, una misma causa puede provocar efectos muy distintos. En el uno, impresionable, joven, será una melancolía, un éxtasis, una manía, un delirio; en el otro, viejo, extenuado por largas privaciones, ó bien en la fuerza de la edad, pero empobrecido por la miseria y el trabajo, debilitado por emisiones espermáticas, enervado por la bebida, será un colapso de todo el sistema sensorial.

20. Tal estado es frecuente; entre 100 ingresados, se han presentado en nuestros establecimientos 32 casos de demencia durante los años calamitosos; cerca de la tercera parte de las admisiones.

Las melancolías, las manías han sido ménos numerosas durante los años 1847, 1848, 1849 que en cualquier otra época.

Es que la demencia se forma á expensas de la melancolía y de la manía.

Si los pacientes de estos años hubieran sido de constitucion más fuerte, más resistente, sus enajenaciones hubieran sido sufrimientos y reacciones conservadoras; pero en lugar de un estado moral dolorido, ofrecieron la debilidad de los fenómenos psíquicos.

21. Las condiciones que debilitan al organismo, tienden tambien á hacer que la reaccion moral sea ménos fuerte y ménos eficaz bajo el punto de vista de la curacion.

Así, la edad avanzada cambia la manía furiosa en manía tranquila, la cual dura mucho más tiempo que la primera. La falta de nutricion conduce al maníaco á una demencia incurable; las depleciones sanguíneas producen frecuentemente el mismo efecto. Notado bien, disminuyendo la energia del organismo, se hace imposible la curacion y la manifestacion de las crisis morales.

22. La sustraccion de energia en las facultades intelectuales, es, pues, tambien el resultado de la enfermedad, y, frecuentemente, del régimen á que ha estado sometido el enajenado. Es un hecho demasiado cierto que las enfermedades mentales gastan la moral, y, lo que es más aún, por el desórden que imprimen á la circulacion de la pulpa nerviosa, alteran la estructura cerebral y coliben la funcionalidad del cerebro.

Vamos ahora á someter á un exámen ulterior estos diversos puntos de la patologia mental.

SEXTA PARTE

EXÁMEN ULTERIOR DE LA CUESTION

Los principios que acabo de exponer tienen por objeto haceros más fácil el estudio de las enfermedades mentales.

A fin de ser más completo, voy á presentar las objeciones que podrian hacerse á las ideas que profeso.

Y desde luégo voy á reproducir en sustancia las nociones sobre que puede recaer la argumentacion.

He dicho:

I. Que en la gran mayoría de los casos se llega á comprobar en la enajenacion un estado frenalógico.

II. El dolor está en el fondo de un inmenso número de afecciones morales.

III. Su punto de partida existe en la sensibilidad que determina las afecciones y las emociones.

IV. La melancolía es el síntoma que señala lo más frecuentemente el período de incubacion y el de invasion de las frenopátías en general.

V. Las causas predisponentes y las determinantes, obran ante todo sobre la sensibilidad y no sobre las ideas.

La afeccion causada por la muerte de una persona querida, la impresion sufrida á consecuencia de una especulacion desgraciada, el disgusto que provoca la mala conducta de un hijo, la sensacion que recibe el obrero al carecer de trabajo, el terror que se apodera de las personas colocadas bajo la influencia de una agitacion política ó de otro género, los mil y mil motivos de temor, de inquietud ó de terror bajo cuyo imperio ha podido el hombre caer en la enajenacion, pertenecen manifestamente á un estado moral doloroso.

PRIMERA OBJECION. — MANÍA ALEGRE Ó JOCOSA

1. ¿No hay empero muchos hombres que tienen su razon perturbada á consecuencia de un gozo muy vivo? Una prosperidad ins-